
INTERPRETACIONES SOBRE LA FIGURA DE JESÚS

INTERPRETACIONES SOBRE LA FIGURA DE JESÚS

Se han dado diferentes interpretaciones sobre la figura de Jesús:

- un mesías apocalíptico (A. Schweitzer);
- un gran maestro de una ética elevada, muy alejada de la apocalíptica (liberalismo teológico del siglo XIX);
- un rabino o profeta (R. Bultmann);
- el profeta-mesías y siervo-sufriente del Segundo Isaías (W. Manson, V. Taylor, Dodd, Oscar Cullmann, Kümmel);
- un esenio (Flusser);
- Maestro de Justicia al estilo esenio (Allegro);
- un zelota o revolucionario político (Reimarus, Brandon, Carmichael);
- un zelota para quien el Reino de Dios sería establecido por intervención divina (Bartsch);
- un pacifista (G. Edwards, A. Trocmé);
- un personaje alejado de las corrientes zelotas (F. Halm);
- un mago (Morton Shmith);
- un carismático galileo, y a su vez un justo (Vermes);
- un loco o payaso (H. Cox y A. Holl);
- alguien que intentó dismantelar la cultura en que nació y por eso es un genio (Ida Magli);
- no un sacerdote ni un revolucionario político, ni monje ascético ni moralista piadoso, sino un provocador en todos los sentidos (Hans Küng);
- un campesino judío, que anuncia un programa revolucionario fundado en el igualitarismo religioso y económico; que elimina toda jerarquía y las discriminaciones de religión, cultura, sexo, y situación política; y cuya revolución no es de carácter político (J. D. Crossan);
- la intención de Jesús nunca fue crear una nueva religión, sino la de ir más allá, Jesús se dirigía a una humanidad por venir; le parecían viejas todas las religiones por eso no fundó una nueva. Jesús tuvo contacto no solo con los gnósticos y los esenios sino también con el budismo y con

el hinduismo. Era un judío universal que creía en la capacidad del hombre para dar un salto de calidad, un salto genético que lo colocaría en una nueva dimensión. Su propósito era dirigirse a esa humanidad que lucha por superar los límites de lo humano. De ahí la dificultad de entender aún hoy algunas de sus paradojas (Juan Arias).

«Desde el punto de vista del consenso actual histórico, y haciendo una extrema síntesis, se puede decir que Jesús fue un profeta, quizá un fariseo, que proclamó la llegada más o menos cercana del Reino de Dios, dentro del judaísmo. Sólo en sus últimos años pudo tomar conciencia de tener alguna misión más "especial", quizá incluso como Mesías». [Esta "definición" de Jesús me parece exacta (Antonio Piñero)]

Pregunta: Si usted tuviese a Jesús delante qué le diría, qué le preguntaría?

[Antonio Piñero](#) responde: A la verdad, lo observaría atentamente e intentaría seguirlo para comprender, por medio de sus discursos qué pensaba exactamente (todo lo transmitido está teñido por la fe en él como Cristo celestial, y por tanto distorsionado).

No le diría nada, porque es difícil de convencer a un personaje tan religiosamente fanático y con una consideración tan elevada de sí mismo, como al parecer tenía. Si le dijera algo, probablemente me respondería exclusivamente repitiendo sus ideas.

«Jesús de Nazaret es, posiblemente y junto con Pitágoras, el hombre que más influencia directa o indirecta ha ejercido sobre el curso de la Historia. Pero también el personaje sobre el que la Humanidad tiene un conocimiento menos fundado en la investigación historiográfica y más en creencias y tradiciones no contrastadas. A la peliaguda y fascinante tarea de destilar lo que se puede saber del Jesús histórico y sus ideas mediante el análisis crítico de los textos cristianos es a lo que se ha dedicado toda la vida el profesor Antonio Piñero, catedrático de la Universidad Complutense, que detalla aquí las conclusiones más sorprendentes y necesariamente polémicas de sus dos libros, *Cristianismos derrotados* y *La verdadera historia de la Pasión*, publicados en la Editorial Edaf, Madrid en 2007 y 2008. He aquí algunos puntos clave:

"La teología del siglo XXI debería plantearse cómo soluciona las diferencias reales entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe".

"Si a algo se parece Jesús es a un fariseo, aunque discute con ellos y no se le puede clasificar en ninguna corriente particular de rabinos".

"De los ocho o nueve cristianismos distintos que había en el siglo II, el mejor dotado para triunfar en el mercado religioso del Imperio Romano era el paulino, que desjudaizó a Jesús".

"Jesús no instauró Iglesia alguna: creía que el fin del mundo estaba muy cerca y Dios mismo establecería su reino en la tierra".

"Todas las grandes ideas de Jesús están ya en el judaísmo, pero se presentaron como novedad a los paganos, cuya religión no las contemplaba".

Pregunta: ¿Puedo resumir su tesis sobre Jesús de Nazaret en que se trató de un judío estricto, fariseo heterodoxo e influido por los esenios en su convencimiento de la inminencia del fin del mundo, y que todo el resto de la doctrina cristiana es obra de San Pablo?

Respuesta de Antonio Piñero: Sí, aunque no es mi tesis sólo. Desde 1789, cuando Hermann Samuel Reimarus publicó su opúsculo Sobre el propósito de Jesús y el de sus discípulos, se empieza a distinguir por medio de un análisis crítico de los Evangelios entre lo que es el Jesús de la Historia y el Cristo de la Fe. Hay una diferencia entre lo que nos enseña la Iglesia y lo que nos muestra un análisis crítico de los Evangelios. Este análisis se empieza a hacer poniendo en cuatro columnas lo que nos dicen cada uno de los Evangelios y comparándolos entre sí y viendo sus diferencias. Nos depara un Jesús con rasgos humanos, que ignora cuándo va a ser el fin del mundo, que tiene una serie de contradicciones, que se irrita y no es nada manso ni modesto hacia sus enemigos. Creemos que es un análisis válido porque ha ido decantando un consenso entre los muchos observadores independientes no supeditados a su fe.

De dicho análisis resulta un judío piadoso, un fariseo, rabino o maestro carismático de la ley independiente de los muchos que había por entonces (no hay que confundir el rabinato informal de la época de Jesús con el de 200 años más tarde, cuando los fariseos forman escuelas, son ordenados mediante imposición de manos y reciben una tradición oficial), procedentes de Galilea y contrapuestos a los rabinos de Jerusalén, que son mucho más obedientes y apegados al Templo. Esta gente tiene otra mentalidad y discute de la Ley con mucha más facilidad». [[Antonio Piñero](#)]

«Una perspectiva sobre Jesús como judío radical que no quiso fundar religión alguna y al menos que no condenó la violencia contra Roma es algo que se va abriendo paso modernamente. Pero, la defensa de la postura tradicional es cada vez más inteligente y busca nuevas vueltas a los textos para reivindicar lo tradicional. Por ahora no se agotará esta discusión». [Antonio Piñero]

¿Cómo describirías, en cuatro o cinco pinceladas, al Jesús real?

«Jesús fue un israelita pleno. Un hombre que nació en una familia muy religiosa, como puede verse por el nombre de sus padres. Sintió la llamada de Juan Bautista y se convirtió, digamos, al círculo de quienes estaban expectantes ante el fin del mundo que proclamaba el Bautista, apocalíptico y escatológico. Jesús fue también un maestro. Un maestro de la ley, autodidacta. Y si se tuviera que definirse de alguna forma, se definiría como un profeta.

En Galilea Jesús fue un fariseo sui géneris. Si a algún grupo se parece, es a los fariseos. Pero fue, ante todo, un carismático exorcista y sanador, que sólo al final de su vida, y probablemente impulsado por los más fanáticos de sus discípulos, se proclamó Mesías de Israel. Fue empujado a ello.

No fue militar, porque era pobre. Pero sí fue zelote en el sentido de luchar y dar todo porque se cumpliera la ley de Dios. Pero aunque no fue militar porque no podía sustentar un ejército, no encontramos un repudio directo de la violencia por su parte. No lo hay. De hecho, en los evangelios sinópticos hay bastantes sonidos de sable. Jesús estaba convencido de que había que echar a los romanos (si no se convertían), porque el Reino de Dios había de ser de puros israelitas. Es decir, nacionalismo puro y duro. Y estaba convencido de que si los hombres se portaban bien no sería necesario montar un ejército, porque vendrían 12 legiones de ángeles a echar a los romanos y a instalar a su rey.

Es decir, que fue un profeta, apocalíptico y escatológico, que creía en el fin del mundo, carismático, exorcista, sanador, rabino, maestro de la ley. Un hombre muy fuerte pero que trataba muy bien a los débiles, a los enfermos y a las mujeres. Y que al final de su vida se proclamó Mesías». [[Antonio Piñero](#)]

Pregunta a Antonio Piñero: ¿Qué razones hay hoy día para negar la divinidad de Jesús y afirmar su nacionalismo hebreo?

Repuesta: «Desde el punto de vista histórico, y por medio de un análisis crítico de los Evangelios, sobre todo los canónicos, y alguno que otro apócrifo, muy temprano, como el Papiro Egerton, o la base reconstruible del Evangelio de Pedro, o la base, también pasablemente reconstruible, del Evangelio gnóstico de Tomás, se llega a la conclusión de que Jesús fue un piadoso judío, reformista, apocalíptico, que se creyó profeta y mensajero de Dios para proclamar la próxima instauración del reino de Dios. Su relación con Dios, tal como lo cuentan los Evangelios, no da pie más que para deducir una filiación simbólica, tal como la pudo tener un profeta del pasado de Israel.

Todo ello nos conduce a pensar que Jesús, en todo caso, quiso profundizar en su propia religión e ir a la esencia de su constitución básica, la ley de Moisés, que interpretó con rigor y seriedad, intentando ir a su esencia. El conjunto de los datos obtenido del análisis hace imposible que Jesús tuviera en su mente fundar religión nueva alguna y, dentro de su afán por cumplir la ley de Moisés en su esencia íntima, es absolutamente imposible que Jesús se creyera a sí mismo hijo óntico, "físico" y real de Dios. Eso hubiera hecho romper en pedazos su personalidad.

El nacionalismo de Jesús surge de su profunda inmersión en el ambiente expectante, apocalíptico y mesiánico de su tiempo. Es posible incluso que al final de sus días se creyera el mesías de Israel. Ese mesianismo resulta distorsionado en los Evangelios, pero, una vez más, el análisis crítico descubre que se enmarca en las coordenadas proféticas del Israel después del Exilio, sobre todo en ideas desarrolladas a partir del siglo II a.C. Estas expectativas

mesiánicas contaban con un Israel que triunfaría con la ayuda de Dios sobre las naciones paganas al estilo del final del libro de Isaías. Israel cumpliría por fin plenamente la Ley, y los gentiles, los que no se convirtieran al judaísmo, mirarían respetuosamente a distancia al pueblo elegido, el cual sería la luz de las naciones, viviendo en una suerte de Jauja feliz, terrena, donde ese Israel renovado y triunfante tendría la primacía no sólo guerrera, sino económica e intelectual (la ciencia que importa es la Ley) sobre el mundo entero». [Entrevista a Antonio Piñero, en [Editorial Academia del Hispanismo](#) – Vigo – 27/12/2010]

«La interpretación de Samuel G. F. Brandon (*Jesús y la resistencia antirromana*) del patrón recurrente “Jesús como sedicioso ante el Imperio Romano” es muy importante. A partir de la noticia cierta e innegable de la ejecución de Jesús por los romanos, Brandon efectúa un análisis meticuloso de los Evangelios que le lleva a trazar la pintura siguiente:

Jesús era un judío religioso y nacionalista, totalmente enmarcado en la religión israelita, persuadido de la soberanía exclusiva de Dios sobre la tierra de Israel, cuya misión era predicar la inminente venida del reino de Dios. No puede decirse que fuera un activista directo contra el Imperio romano, un guerrillero, pero sí es cierto que atacó a la jerarquía sacerdotal por sus intereses económicos en torno al Templo y por su colaboración con la ocupación romana. No es extraño que fuera capturado por las tropas de Pilato, sometido a un juicio sumarísimo y ejecutado como un rebelde acusado de sedición contra el Imperio». [Antonio Piñero]

¿QUÉ SE SABE... DE JESÚS DE NAZARET?

«Rafael Aguirre – Carmen Bernabé – Carlos Gil: *Qué se sabe... de Jesús de Nazaret*, Estella, 2009.

Afirman los autores que Jesús “no es patrimonio de ningún grupo ni iglesia” – lo cual encaja bien dentro de la postura, nueva, cristiana, de negación del “exclusivismo”–. “Es legítimo y necesario socializar su historia desde aquellos presupuestos y bases compartidas por cualquier persona que se interese por él”.

Aceptan que este estudio histórico de Jesús, “tal como se lleva haciendo desde hace dos siglos (un poco más, desde 1778, preciso) plantea interrogantes a la tradición cultural de Occidente, a las formulaciones dogmáticas y a la coherencia vital de quienes se confiesan seguidores de Jesús”.

Me parecen oportunas estas observaciones. Sin embargo, no estoy totalmente de acuerdo con su siguiente formulación:

“La persona de Jesús, su vida y su mensaje son inagotables: en realidad es imposible presentar ‘lo que se sabe de Jesús de Nazaret’, pero sólo con evocarlo ya resulta fascinante”.

Y no lo estoy, porque estas líneas ya sobrepasan claramente el ámbito de la historia y entran de lleno en el de la fe. Pienso modestamente que sí, que es posible -aunque el libro resultante llegue a ser muy grueso- exponer todo lo que se sabe de Jesús..., si se acepta que lo “que se sabe” es el consenso medio de los investigadores, aquello en los que están de acuerdo la mayoría de los estudiosos de Jesús, sobre todo los independientes. Las líneas básicas y fundamentales sobre la misión y figura de Jesús no son ningún misterio. Son bien conocidas hoy. Parte de ellas las aceptan los autores del presente libro y las exponen en el último capítulo.

El libro aborda casi todos los temas importantes en torno a la vida, mensaje, misión de Jesús:

- Una breve historia de la investigación hasta el presente (desgraciadamente la autora, Carmen Bernabé, sigue con el viejo esquema de las “Tres búsquedas de Jesús”, y aunque lo somete a leve crítica (p. 24) acepta la etapa de “No Quest” (= “No hubo búsqueda del Jesús durante un cierto tiempo”). Con ello se ignora o se elimina de la historia medio siglo de investigación.

No se mencionan las importantes obra sobre Jesús de C. Guignebert, de M. Goguel, otras en lengua inglesa, menos conocidas, pero reseñadas por W. P. Weaver en *The Historical Jesus in the Twentieth Century 1900-1950*, Harrisburg, Trinity Press Int., 1999, como C. G. Montefiore, o R. Eisler (en alemán), aunque sí parecen mencionadas por Carmen Bernabé las obras de A. Loisy y del P. Lagrange.

- El contexto de la vida de Jesús: sus orígenes familiares, su educación, relación con Juan Bautista. Aquí resulta interesante ver cómo se abre la posibilidad de que los hermanos de Jesús fueran realmente hermanos carnales = p. 55: “Desde un punto de vista histórico, esta opinión no podría ser descalificada” (lo que va contra el dogma de la perpetua virginidad de María: la consecuencia no se obtiene). Aquí criticaría a C. Gil el que no cite bibliografía española, seria, sobre el tema (sobre la vida “oculta” de Jesús, y sobre Jesús y las mujeres, por ejemplo).

- La enseñanza de Jesús. El capítulo sobre el reino de Dios de R. Aguirre es bueno. Pero no se puede afirmar que para Jesús Dios “no es rey, sino padre” (p. 194), sino ambas cosas; sólo que hace más insistencia en los segundo. Tampoco aparece –casi ni se menciona- algo fundamental: el reino de Dios predicado por Jesús iba a cumplirse –al menos en una primera fase- aquí en la tierra. Y en concreto en la tierra de Israel. Además de los bienes espirituales, el reino de Dios predicado por Jesús tiene claras connotaciones materiales. R. Aguirre no expone esto.

- Los hechos de Jesús, sanaciones y exorcismos. Nada se dice de los milagros contra las leyes de la naturaleza (por ejemplo, caminar sobre las aguas, tempestad calmada, resurrecciones). Tácitamente se acepta que no son

históricos, sino legendarios, pero el tema se elude y por ello no se obtiene las consecuencias pertinentes sobre la fiabilidad de los evangelios.

- Las relaciones de Jesús: destinatarios del Reino, discípulos en general, el grupo de los Doce, las mujeres (en calidad de qué "seguían" a Jesús y la posibilidad de que en el siglo I un rabino pudiera tener por discípulas a mujeres, los adversarios de Jesús...
- La experiencia religiosa de Jesús: el Dios de Jesús (no se plantea con la claridad deseable si Jesús se creyó a sí mismo realmente Dios). No se obtienen las consecuencias de esta realidad.
- El conflicto final de Jesús, condena y muerte (se acepta como "algo sumamente probable" (p. 183) que "Jesús fue condenado por el poder romano... con el castigo que se daba a los criminales, por considerarlo culpable de un delito político que tenía que ver con la seguridad del estado... en ella tuvieron parte las autoridades religiosas judías... que no tenían poder de dictar pena de muerte (¡ojo a la errata *ius gladiis*, por *ius gladii*! p. 180; igualmente no debe decirse "ad usum Delphinis", sino *Delphini*": p. 243), pero prendieron a Jesús y lo presentaron ante Pilato de forma que resaltara la peligrosidad de las consecuencias políticas de su persona y su mensaje" (p. 184). Excelente síntesis, en la que –muy afortunadamente– no hay mención ninguna a una acusación interna por "blasfemia".
- La personalidad de Jesús "¿Quién es Jesús?": maestro, carismático, profeta escatológico, mesías, hijo del hombre, hijo de Dios. Pero, de nuevo, se escamotea la pregunta candente sobre si el sentido de filiación de Jesús incluye o no una paternidad real que vaya más allá de la "paternidad" de Dios, admitida por el Antiguo Testamento, para personajes especiales (rey, profeta, mesías) que siguen siendo sólo humanos.
- El debate moderno sobre la resurrección. La discusión no es tan clara como la de Roger Haight, por ejemplo. De nuevo me hubiera encantado que la autora, Carmen Bernabé, hubiera comentado bibliografía española sobre el tema que responde de modo directo y claro a la cuestión del surgimiento histórico de la fe pascual, cómo esta fe reinterpreta la figura del Jesús terreno, lo que da lugar a diversos cristianismos, de entre los cuales unos vencen y otros son derrotados. No hay mención.

Quiero señalar que en estas páginas abundan ciertos clichés que hemos señalado repetidas veces en estas páginas y de los que se ha ocupado en sus postales del año pasado sobre Jesús Fernando Bermejo. Así: los mismos clichés sobre Juan Bautista y Jesús (p. 149), las mismas generalidades sobre el Dios amoroso de Jesús y la prédica edificante al respecto (pp. 150-151), citas sólo de teólogos católicos (pp. 155-157); la misma ambigüedad respecto a los responsables de la crucifixión: el poder romano (p. 183) y el poder judío (p. 184).

Lo último que deseo comentar de este libro recomendable –a veces valiente, a veces timorato– es la Cuarta parte, "Para profundizar" obra de los tres

autores al alimón, que trata de la "relevancia actual de la historia de Jesús". En este apartado los tres autores reflexionan –entre otras cosas- sobre:

- Los consensos actuales en los estudios sobre el Jesús histórico. En el punto 7 se destaca "Jesús se mantuvo siempre fiel al judaísmo". La pregunta resulta evidente: Si Jesús se mantuvo siempre fiel al judaísmo... (Observarán los lectores que esta idea no es un "a priori" mío ni tampoco un empeño personal), nunca intentó fundar una religión nueva. Entonces, ¿cómo surgió el cristianismo? ¿Quién es el, o los, fundador(es) del cristianismo? El tema, candente, no se plantea.
- Sobre el problema razón-fe: ¿es posible que un fiel creyente se halle incapacitado para hacer auténtica historia sobre Jesús?

Aguirre – Bernabé - Gil responden que "no", que la condición de creyente no descalifica para la investigación plena e histórica sobre el Nazareno. Critican entonces la obra de José Montserrat ("El Galileo armado", Edaf, 2008, Gonzalo Puente Ojea (obras diversas, sobre todo "Fe cristiana, Iglesia, poder", Siglo XXI, 1991) y Fernando Bermejo (su largo artículo doble sobre "historiografía, exégesis e ideología. La ficción contemporánea de las 'tres búsquedas' del Jesús histórico", de la Revista Catalana de Teología 30 [2005] 349-406 [los datos de la p. 244 del libro que comentamos están equivocados] y 31 [2006] 53-114).

Me fijo en la crítica más incongruente, a mi parecer. De F. Bermejo dicen Gil-Bernabé-Aguirre que "con una erudición enorme" (p. 243) piensa que la "investigación crítica sobre Jesús ha llegado desde hace tiempo a unas conclusiones incompatibles con la fe cristológica"... , para luego a continuación afirmar solemnemente los mismos autores que "nos parecen inaceptables estas descalificaciones a priori, y es ésta una de las razones que nos han movido a escribir este libro. Nadie está libre de presupuestos..." (p. 244).

Me pregunto: personajes como J. Montserrat –estudioso consagrado de estos temas desde hace muchos años-; G. Puente Ojea, cuya biblioteca sobre Jesús de Nazaret es majestuosa, absolutamente espléndida, y que compra todo lo que de importante aparece en el mercado-, y F. Bermejo, de "enorme erudición", ¿llegan a conclusiones a priori después de larguísimos años de estudio...? Sencillamente no lo veo. ¿Cómo se puede tener una enorme erudición y al cabo de tanto tiempo de reflexión y de estudio formular descalificaciones a priori?

Pienso, en primer lugar, que cuando un investigador pertenece a una iglesia, tiene ciertos límites que no puede traspasar. Si no, que se lo pregunten a Juan José Pagola y a Roger Haight.

Segundo: ser independiente no supone tener inquina cierta contra la religión. Quizá en algunos casos. En el del que esto escribe: puedo asegurar en mi caso, pues soy el que redacta esta presentación y crítica, que mi sesgo no impide ser amigo verdadero de muchos creyentes, y que no es óbice para respetar profundamente la opción religiosa. Es más: soy un decidido defensor de la religión, para quien lo crea y sienta (con tal de que no sea

fundamentalista y esté dispuesto a matar, o a insultar, por ello), y opino que la religión es útil para muchos, para quienes ofrece apoyo y consuelo.

Pero a la vez pienso que la pertenencia a una organización estructurada impone límites ciertos al pensamiento. La afirmación de Aguirre - Bernabé - Gil de que "nos parece adecuada la expresión 'Jesús real' para referirse al Jesús de la fe, el presentado por los evangelios canónicos" (p. 248) me parece profundamente inadecuada para una obra de talante histórico como es la que ellos editan.

Igualmente: "La fe cristiana pretende captar lo más real de Jesús y, en su obra y vida histórica, descubre su realidad divina, su especial vinculación con el Padre y el sentido profundo de su existencia y misión" (p. 248) me parece también un desenfoque absoluto desde la perspectiva de la historia y la investigación. Esta formulación me convence más aún de que Fernando Bermejo –en el punto criticado por este libro- tiene toda la razón. De todos modos, es un honor que contra personajes como él, y como ellos, se escriba este libro.

Mi conclusión es: Van calando poco a poco aun en la investigación católica los resultados de los métodos histórico-críticos. Se van aceptando interpretaciones y resultados que hace unos treinta años, o incluso menos, no eran ni nombrables. Y como está firmado por autores católicos, y muy católicos, tendrá interés para muchos, y es un cierto consuelo para quienes hemos defendido esas posturas que hoy admiten desde otros puntos de vista. El libro ilustra mucho, además, sobre las líneas de investigación actuales sobre Jesús, aunque tenga poco en cuenta, a veces, la línea independiente.

Creo que quizá se pueda dialogar sobre un aserto que aparece nítido y claro en la síntesis de Aguirre-Bernabé-Gil: es el breve Número 7 de su lista de consensos sobre el Jesús histórico:

"Jesús se mantuvo siempre fiel al judaísmo", (Cuarta parte, capítulo 11, número 2, p. 246.

Este punto de consenso puede, pues, servir para medir si yo mismo y colegas obramos a priori, por un lado, y si los autores creyentes tienen algún límite para llevar a buen puerto la investigación histórica..., o no.

Pienso que la consecuencia que debe obtenerse de este Punto 7 es lo que indiqué acerca del "salto teológico" existente entre la interpretación de Jesús sobre sí mismo y la que luego dieron sus seguidores de la rama paulina. O si expresa de otro modo: la divergencia entre la interpretación de la figura y misión de Jesús entre Jesús y sus seguidores más inmediatos -el judeocristianismo encarnado sobre todo en la iglesia madre de Jerusalén- y el paulinismo.

Creo que simplificando la diferencia entre las dos visiones sobre Jesús que se halla en el fondo de la discusión está en si se acepta o no su divinidad.

Y comienzo por reafirme en que –en mi opinión- para el judeocristianismo jerusalemita, los primeros seguidores de Jesús, no era éste Dios en modo

alguno. Lo cual ofrece, sin duda, una pista también sobre lo que Jesús pensaba de sí mismo.

Las líneas de prueba de lo afirmado, entre otras que pudieran mencionarse, son las siguientes:

- Los estudios históricos sobre la religión y el Dios de Jesús, y lo que se puede barruntar por vía indirecta en los evangelios sinópticos acerca de su religiosidad parecen apuntar a que Jesús jamás se consideró un ser divino. Aquí encajaría el consenso en torno al Punto 7.
- Los pasajes, sobre todo Mc 8,29ss ("Y él les preguntaba: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Pedro le contesta: «Tú eres el Cristo.»") y Lc 24,21 ("Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel") + Hch 1,6 ("Los que estaban reunidos le preguntaron: «Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el Reino de Israel?»") prueban que los discípulos de Jesús tenían un concepto del mesianismo de Jesús puramente judío, por tanto un mesías humano, no divino. Es muy improbable históricamente que los discípulos no comprendieran al Maestro.
- El discurso de Pedro en Hechos de los apóstoles 2, presenta una cristología elemental, en la que Jesús aparece como un mero ser humano, luego exaltado por Dios tras su muerte a "Mesías y Señor". Sólo después de su muerte: confirmado por el elemento tradicional recogido por Pablo en Romanos 1,4.
- El testimonio de los Hechos sobre la incorporación "masiva" a las filas de los nazarenos, seguidores de Jesús, de sacerdotes judíos (Hch 6,7) y fariseos (Hch 15,1). Este hecho es incomprensible si se postulara que el judeocristianismo jerusalemita estimaba Dios a Jesús.
- El testimonio de los mismo Hechos de los apóstoles que apuntan cómo el partido fariseo, por boca de Gamaliel, defendió a Pedro y al movimiento de seguidores de Jesús en general (Hch 5,36ss: discurso del gran rabino Gamaliel). Esa defensa hubiera sido imposible si los nazarenos mantenían que Jesús era Dios.
- Igualmente puede decirse del apoyo fariseo hacia el "nazarenismo" en el "juicio" de Pablo en Jerusalén ante el Sanedrín (Hch 23,1ss): los fariseos hicieron cuerpo con él en contra del Sumo sacerdote y los saduceos. Tampoco los fariseos hubieran defendido a Pablo sólo por el tema de la resurrección, si hubieran pensado que éste defendía que "Había un segundo poder en el cielo" (modo fariseo de referirse a un "diteísmo": dos "dioses", o un Dios doble, o un Padre e Hijo sustancialmente idénticos, etc., o como quiera formularse).
- El testimonio de Flavio Josefo sobre el comportamiento de los fariseos tras la muerte de Santiago, el hermano del Señor, por obra del sumo sacerdote Ánano (Josefo, Antigüedades XX 197-203). Los fariseos consideraron el hecho como un acto de violencia por parte de los saduceos y protestaron reciamente ante el rey Agripa II; lograron la deposición, nada menos, del sumo sacerdote. Esta posición farisea favorable a los "nazarenos" no es tampoco explicable si éstos no fueran considerados unos "piadosos judíos". Parece, pues, imposible que hubieran considerado divino a Jesús». [[Antonio Piñero](#)]

«Jesucristo fue un profeta más de una larga línea de profetas enviados a los israelitas. Como bien lo afirmo: "No fui más que enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mateo 15:24) Cuando Jesús envió a sus discípulos al camino de Dios, les aconsejó: "A estos doce los envió a misionar, con las instrucciones siguientes: «No vayan a tierras de paganos, ni entren en pueblos de samaritanos. Diríjense más bien a las ovejas perdidas del pueblo de Israel". (Mateo 10:5-6) A través de su ministerio, Jesús nunca fue recordado por haber convertido a un gentil, y en realidad es recordado por haber reprendido inicialmente a una gentil por buscar sus favores, comparándola con un perro (Mateo 15:22-28 y Marco 7:25-30). Jesús era judío, sus discípulos eran judíos, y ambos dirigieron sus ministerios a los judíos. Uno se pregunta qué significa esto para nosotros, ya que la mayoría de los que han tomado a Jesús como su 'Salvador personal' son gentiles, y ninguna de las 'ovejas perdidas de la casa de Israel' a quienes fue enviado». [[Laurence B. Brown](#), 2007]

«Lo que distingue, en efecto, a Jesús de los agitadores de su época y de los de todos los siglos es su perfecto idealismo. En ciertos aspectos, Jesús es un anarquista, porque no tiene ninguna idea del gobierno civil. Este gobierno le parece pura y simplemente un abuso. [...] Todo magistrado le parece un enemigo natural de los hombres de Dios; anuncia a sus discípulos altercados con la política, sin pensar un solo momento que haya en ello motivo para avergonzarse. Pero nunca se manifiesta en él el intento de sustituir a los poderosos y a los ricos. Quiere aniquilar la riqueza y el poder, no apoderarse de ellos. Predice a sus discípulos persecuciones y suplicios, pero ni una sola vez deja entrever la idea de una resistencia armada.» [Renan, Ernest (1968). *Vida de Jesús*. Madrid: EDAF. p. 136.]

«Jesús era muy judío, profundamente apegado a su religión, en nada tuvo la idea de fundar una religión nueva. Profundamente religioso, discípulo de Juan Bautista, fundador de un grupo de discípulos itinerantes encargados de predicar la inmediata venida del reino de Dios; maestro autodidacta de la Ley, exorcista y sanador, carismático, poco amigo de los romanos, sedicioso contra el Imperio Romano, profeta y proclamador del Reino. Solo al final de su vida, y probablemente por impulso de sus amigos, se proclamó y actuó como mesías de Israel, pero no como un galileo armado dispuesto a echar por la fuerza de al arma a los romanos de la tierra de Dios, sin un hombre que confiaba en el brazo divino de Yahvé, y sus doce legiones de ángeles, para proclamar el Reino. Si se la obligara a definirse con una palabra, seguramente diría: "Profeta/proclamador del reino de Dios"». [Antonio Piñero]

Según Crossan, Jesús fue "un campesino revolucionario, un tipo de cínico judío. Su invocación del Reino de Dios no es un suceso apocalíptico en el futuro inminente sino un modo de vida en el presente, un programa social que ataca el sistema de patrocinio, de honor y deshonra que eran la base de la sociedad

mediterránea. Tanto las curaciones y los exorcismos como los banquetes con personas marginadas eran demostraciones de cómo se ve el Reino de Dios al nivel de la realidad política. Al fin y al cabo, Jesús proclama el Reino de unos don nadie” [J. D. Crossan: *Jesús, vida de un campesino judío*].

TEORÍAS ACERCA DEL CARÁCTER HISTÓRICO DE JESÚS

Fuente: [WIKIPEDIA](#)

Una teoría considera que Jesús fue principalmente un revolucionario mesiánico, que pretendía redimir a Israel e instalar un régimen teocrático (el Reino de Dios). Esta teoría relaciona a Jesús con el movimiento de los zelotes, y se basa principalmente en el dato, corroborado por fuentes no cristianas (Tácito, Flavio Josefo), de su ejecución en la cruz, suplicio reservado a los condenados por sedición. Según estos autores, aquello que en las fuentes contradice esta teoría sería el resultado de una reelaboración de la historia de Jesús por parte de sus seguidores, realizada tras su muerte. El principal defensor de esta teoría fue S. F. G. Brandon: *Jesus and the zealots: a study of the political factor in primitive christianity* (1967).

Otras teorías relacionan a Jesús con la secta de los esenios.

Algunos autores, como Burton Mack o John Dominic Crossan, piensan que Jesús fue principalmente un maestro ético, cuyas enseñanzas tienen grandes afinidades con la filosofía cínica.

Morton Smith, en su libro *Jesus the magician*, identifica a Jesús como un mago.

Varios autores, notablemente Hyam Maccoby, creen que Barrabás es la versión griega del arameo Bar Abba ('hijo de padre'), supuestamente el sobrenombre del mismo Jesús. Según ello, al pedir a Pilato la liberación de Barrabás, el pueblo pedía la liberación de Jesús.

Algunos autores niegan de forma absoluta la validez histórica de las fuentes cristianas, y sostienen que la figura de Jesús es el resultado de una falsificación consciente por parte de los primeros cristianos. Según esta teoría, Jesús no fue un personaje histórico, sino una entidad mítica, producto del sincretismo entre las religiosidades helenística y judía. En la actualidad, los principales defensores de esta teoría en medios académicos son George Albert Wells, Earl Doherty, Alvar Ellegård, Timothy Freke y Peter Gandy.

Los principales argumentos que apoyan esta postura son:

En la literatura cristiana del siglo I, excluidos los evangelios, apenas hay referencias a la actividad de Jesús. Ninguno de estos textos registra sus enseñanzas, sus milagros ni el proceso que llevó a su ejecución. Earl Doherty llama a esto, de forma irónica, «una conspiración de silencio».

El hecho de que gran parte de los acontecimientos de la vida de Jesús narrados en los evangelios tengan claros paralelos en la Biblia judía, lo que ha llevado a pensar que los relatos evangélicos fueron modelados a semejanza de los del Antiguo Testamento.

Doherty señala que numerosos elementos del Nuevo Testamento son recreaciones de historias presentes en el Antiguo Testamento: los milagros, por ejemplo, eran necesarios según las profecías del profeta Isaías (Is 35, 5-6), y están inspirados en relatos semejantes acerca de los profetas Elías y Eliseo. También señala una fuerte dependencia de la Escritura hebrea en el relato de la Pasión. En el relato evangélico tomado en su conjunto ve la repetición de un tema frecuente en el Antiguo Testamento: la vindicación del justo inocente.

La mayoría de los estudiosos consideran esta teoría bastante inverosímil. Según Antonio Piñero, desde la década de 1920 «no se considera científico negar la existencia histórica de Jesús debido a la cantidad de pruebas directas o indirectas de su existencia».

Como argumentos que hacen más verosímil la existencia histórica de Jesús, Piñero cita:

1. la mención de Jesús en las obras de dos autores no cristianos considerados fiables (Tácito y Flavio Josefo);
2. el conjunto de textos cristianos transmitidos acerca de su figura, ya que «aunque los escritos cristianos se manifiesten como obras de seguidores de Jesús, negar la existencia histórica del personaje central de ellas presenta muchas más dificultades que admitirla»;
3. las alusiones en dichos textos a figuras históricas cuya existencia puede comprobarse con documentos no cristianos;
4. las reinterpretaciones y remodelaciones de la figura de Jesús realizadas por los autores de las fuentes cristianas, que no habrían sido precisas si el personaje fuera una invención; y
5. el desarrollo del cristianismo, difícil de explicar sin la figura de Jesús.

Murray J. Harris sugirió además «evidencias institucionales y algunas consideraciones psicológicas» en apoyo del carácter histórico de Jesús; entre estas últimas destacó la improbabilidad psicológica de que un grupo de judíos del siglo I, para quienes la crucifixión era una maldición (Dt 21, 23), inventara una religión cuyo fundador fue crucificado por los romanos, acusado de sedición y alboroto político, y que muriesen por sostener semejante engaño por ellos creado.

La primera investigación del Jesús histórico marca el inicio de la Crisis anti-modernista (1866-1961). Aprovechando el mejor conocimiento de los orígenes de los Evangelios, ahora se desarrolla la Tercera búsqueda del Jesús histórico, con las teorías siguientes (teorías en negrita, estudiosos en letra ordinaria):

Jesús el mito: Cristo Divino: Earl Doherty, Timothy Freke y Peter Gandy.

Jesús el mito: Hombre del pasado indefinido: Alvar Ellegård, G. A. Wells.

Jesús el héroe helenístico: Gregory Riley.

Jesús el revolucionario: Robert Eisenman.

Jesús el sabio de la sabiduría: John Dominic Crossan / Canguelo De Roberto / Burton Mack / Stephen J. Patterson.

Jesús el hombre del Espíritu: Marcus Borg / Stevan Davies / Geza Vermes.

Jesús el profeta del cambio social: Richard Horsley / Hyam Maccoby / Gerd Theissen.

Jesús el profeta apocalíptico: Bart Ehrman, Paula Fredriksen, Gerd Lüdemann, John P. Meier, E. P. Sanders.

Jesús el salvador: Timothy Johnson De Lucas, Robert H. Stein, N. T. Wright.
